

LIBRO SEXTO

ARMISTICIO

Grandes preparativos para socorrer al ejército de Egipto. - Llegada de Mr. de Saint-Julien á París. - Impaciencia del gabinete francés por entrar con él en negociaciones. - A pesar de la insuficiencia de los poderes de Mr. de Saint-Julien le hace firmar Mr. de Talleyrand varios artículos preliminares de paz. - Firma Mr. de Saint-Julien y sale con Duroc para Viena. - Estado de Prusia y de Rusia. - Política astuta del primer cónsul respecto del emperador Pablo. - Envíale seis mil prisioneros rusos sin rescate alguno, y le ofrece la isla de Malta. - Entusiasmo de Pablo I por el general Bonaparte, y misión confiada á Mr. Sprengporten en París. - Nueva alianza de los neutrales. - Cuatro grandes cuestiones de derecho marítimo. - Avenencia con la Santa Sede. - La corte de España, y su intimidad con el primer cónsul. - Estado interior de aquella corte. - El general Berthier es enviado á Madrid. - Este representante del primer cónsul negocia con Carlos IV un tratado encaminado á entregar la Toscana á la casa de Parma, y la Luisiana á la Francia. - Establecimiento del reino de Etruria. - Vuelve á gozar su antiguo favor la Francia con las potencias europeas. - Llegada de Mr. de Saint-Julien á Viena. - Sorpresa de su corte al saber que había firmado sin poderes los artículos preliminares de paz. - Apuro del gabinete de Viena que se había obligado á no tratar sin la Inglaterra. - Retractación de Mr. de Saint-Julien. - Ensayo de una negociación común á la Inglaterra y al Austria. - Exige el primer cónsul para admitir á la Inglaterra en la negociación un armisticio naval que le permita socorrer á Egipto. - Rehusa la Inglaterra, no el entrar en negociaciones, sino el acceder al armisticio propuesto. - Quiere entonces el primer cónsul negociar directa é indirectamente con el Austria, ó volver á renovar las hostilidades. - Se aprovecha de la suspensión de armas para poner en un pie formidable los ejércitos franceses. - Espanto del Austria y entrega que hace de las plazas de Philipsburgo, Ulm é Ingolstadt para conseguir la prórroga del armisticio continental. - Convenio de Hohenlinden en que se estipula una nueva tregua de cuarenta y cinco días. - Nombramiento de Cobenzel para asistir al congreso de Luneville. - Festividad del 1.º vendimiaro. - Traslación del cuerpo de Turena al cuartel de Inválidos. - Aprovecha el primer cónsul el tiempo de la interrupción de las hostilidades para dedicarse á la administración interior. - Resultado feliz de sus medidas de Hacienda. - Prosperidad del Estado de Francia. - Pago de los rentistas en numerario. - Reparación de los caminos. - Vuelta del clero. - Dificultades para la celebración del domingo y del decadi. - Nuevas medidas respecto á los emigrados. - Estado de los partidos. - Sus proyectos acerca del primer cónsul. - Revolucionarios y realistas. - Conducta del gobierno respecto á ellos. - Influencias que el primer cónsul experimenta en opuestos sentidos. - Papel que hacen á su lado Fouché, Talleyrand y Cambaceres. - Familia de Bonaparte. - Cartas de Luis XVIII al primer cónsul y respuesta dada á aquel príncipe. - Conjuración de Ceracchi y Arena. - Agitación de los ánimos con la noticia de aquella trama. - Los amigos imprudentes del primer cónsul quieren aprovecharse de ella para elevarle prematuramente al poder supremo. - Folleto escrito en este sentido por Mr. de Fontanes. - Precisión de desmentirle. - Luciano Bonaparte separado del ministerio de lo Interior es enviado á España.

Mientras el navío *Osiris* llevaba á Europa la noticia de lo ocurrido en las riberas del Nilo, salían de los puertos de Inglaterra órdenes enteramente contrarias á las que se despacharon primero. Las observaciones de sir Sidney Smith hallaron, por fin, acogida en Londres: temióse desaprobación públicamente la conducta de un oficial inglés que se había presentado como competentemente autorizado por su gobierno; reconocíose sobre todo la falsedad de los despachos interceptados, y se apreció mejor la dificultad de arrebatarse el Egipto al ejército francés. Ratificóse, pues, el convenio de El-Arisch y se invitó á lord Keitk á ponerlo en ejecución. Pero como acabamos de ver, era ya demasiado tarde; el convenio estaba desgarrado á la sazón con la espada, y los franceses enseñoreados otra vez del Egipto no querían ya abandonarle. Tenían que sufrir los ministros ingleses el justo castigo de su irreflexible conducta y violentas invectivas de parte del Parlamento.

El primer cónsul por su lado recibió con júbilo la noticia de que se consolidaba su conquista. La de la muerte de Kléber le llegaba, por desgracia, casi al mismo tiempo que la de sus últimas victorias. Grande fué su pesar y sincero su dolor. Era poco afecto á disimu-

lar, y sólo se resignaba á hacerlo cuando le obligaba á ello algún deber ó algún interés de importancia; pero aun entonces tenía que violentarse, porque la viveza de su carácter le hacía el disimulo dificultoso. Mas en el estrecho círculo de su familia y de sus amigos íntimos nunca fingía; daba salida á sus afectos y mostraba sus rencores con extremada vehemencia. En la intimidad fué, pues, donde manifestó sin rebozo el hondo pesar que la muerte de Kléber le causaba. No echaba de menos en él, como en Desaix, sólo á un amigo; lloraba á un gran general, á un caudillo entendido, más idóneo que otro alguno para consolidar el dominio de los franceses en Egipto; dominio que consideraba como su mejor obra, pero que sólo el éxito definitivo podía trocar de tentativa arrogante en empresa gloriosa y duradera.

El tiempo, semejante á un río que arrastra en su curso cuanto arrojan los hombres en sus rápidas ondas, ha arrastrado también las odiosas falsedades imaginadas entonces por el rencor de los partidos. Hay entre ellas una, sin embargo, que aunque sepultada en profundo olvido, es útil citar aquí. Los agentes realistas esparcieron la voz, y la repitieron los diarios ingleses, de que Desaix y Kléber habían sido asesinados, el uno en Ma-

rengo y el otro en el Cairo, por orden del primer cónsul, á quien hacían sombra. No faltaron miserables ni mentecatos que lo creyesen, y hoy es casi vergonzoso recordar semejantes imposturas. Los que engendran tan infames invenciones deberían algunas veces figurarse en presencia del porvenir y sonrojarse pensando en el mentís que les prepara el tiempo.

Había ya dado el primer cónsul órdenes apremiantes á las escuadras de Brest y Rochefort para que se dispusiesen á pasar el Mediterráneo. A pesar de haber mejorado bastante el estado de nuestras rentas, no estaba todavía tan floreciente nuestra hacienda que pudiera el primer cónsul intentar grandes cosas por mar después de haber llevado á cabo tan considerables empresas por tierra. Nada descuidó, sin embargo, para poner la grande escuadra de Brest en aptitud de hacerse á la vela. Solicitó de la corte de España las órdenes precisas para que los almirantes Gravina y Mazarredo, que mandaban la división española, cooperasen á los movimientos de la división francesa. Reunidas las escuadras de las dos naciones bloqueadas en Brest hacía ya un año, se podían poner en línea cuarenta navíos de alto bordo. Quería el primer cónsul que aprovechando la salida de aquella inmensa fuerza naval, los buques franceses disponibles en Lorient, en Rochefort y en Tolón y los españoles fondeados en el Ferrol, Cádiz y Cartagena, se reuniesen con la escuadra combinada para aumentar su poderío. Aquellos diversos movimientos debían hacerse de modo que sumiesen en una gran perplejidad á los ingleses alucinados, y que entretanto el almirante Gantheaume con los buques más veleros lograra substraerse de su vigilancia y conducir á Egipto seis mil hombres escogidos, numerosos trabajadores y un material considerable.

Prestábase de grado España á aquella combinación que ofrecía por lo menos la ventaja de llevar otra vez al Mediterráneo, y por consiguiente á sus puertos, la escuadra de Gravina, inútilmente encerrada en la rada de Brest. Pero el mal estado de ambas escuadras y su absoluta carencia de lo más necesario eran su única objeción á aquel proyecto. Hizo el primer cónsul cuanto pudo para combatirla, y pronto se hallaron provistas de cuanto habían menester las naves de ambas naciones. Deseaba entretanto que cada cinco ó seis días tuviese el ejército de Egipto noticias suyas. Dió órdenes para que de todos los puertos del Mediterráneo, incluso los de España é Italia, partiesen bergantines, buques de aviso y simples mercantes con cargamentos de balas, bombas, plomo, pólvora, fusiles, sables, maderaje de carretería, medicamentos, quina, granos, vinos y cuanto faltaba en Egipto. Mandó además que todos aquellos barcos llevaran obreros albañiles ó herreros, algunos artilleros y otros cuantos jinetes escogidos. Hízolos fletar en Cartagena, Barcelona, Port-Vendres, Marsella, Tolón, Antibes, Savona, Génova, Bastia, San Florencio, etc.; trató asimismo con mercaderes argelinos para enviar á Egipto cargamentos de vino de que el ejército carecía. Juntóse por disposición suya una compañía de comediantes, y se dispuso toda la maquinaria precisa para la formación de un teatro que debía mandarse á Alejandría. Los principales jefes del ejército fueron suscritos á los mejores periódicos de París, para que estuviesen al corriente de cuanto ocurría en Europa;

nada se omitió en suma (1) de cuanto podía contribuir á sostener el buen ánimo de nuestros soldados y á tenerlos en comunicación continua con la madre patria.

Verdad es que muchos de aquellos buques corrían grave riesgo de ser apresados; pero la mayor parte tenían probabilidad de llegar á su destino, y en efecto llegaron, porque la dilatada costa del Delta no podía quedar cerrada completamente. No eran de esperar resultados igualmente felices de los esfuerzos hechos para abastecer á Malta rigurosamente bloqueada por los ingleses. Desplegaban éstos el mayor empeño en apoderarse de aquella segunda Gibraltar; sabían que el bloqueo podía producir allí efecto seguro, puesto que Malta es un peñón que sólo por la mar recibe víveres, al paso que el Egipto es un dilatado reino que alimenta hasta á sus mismos vecinos. Trabajaban con inaudita constancia en estrechar la plaza y hacerla experimentar los horrores del hambre.

El valiente general Vaubois, que mandaba una guarnición de cuatro mil hombres, no temía sus ataques, pero veía mermar de hora en hora las provisiones destinadas á alimentar á sus soldados, y desgraciadamente los puertos de Córcega no le enviaban recursos suficientes para reponer el consumo diario.

Mucho se ocupó también el primer cónsul en elegir un jefe idóneo para el mando del ejército de Egipto. La pérdida de Kléber era irreparable, sobre todo atendiendo á los que podían ser llamados á substituirle. El mal hubiera tenido fácil remedio si Desaix hubiera permanecido en Egipto, pero había salido de él para hallar en Europa la muerte, y los que quedaban no eran por cierto dignos de tan importante mando.

Reynier era un buen oficial, formado en la escuela del ejército del Rhin, lleno de instrucción y de experiencia, pero frío, irresoluto y sin ascendiente entre las tropas. Menou era muy entendido, dotado de un gran valor personal y entusiasta de la expedición, pero incapaz de dirigir un ejército, y blanco de las burlas de sus compañeros, porque se había casado con una turca, haciéndose mahometano. Dábase el nombre de Abdallah-Menou, lo cual hacía reír á los soldados y menoscababa no poco el respeto que requiere todo mando en jefe. El general Lanusse, bizarro, perspicaz, inflamado de un ardor que sabía comunicar á sus subordinados, parecía merecer la preferencia del primer cónsul, aunque carecía de prudencia, pero el general Menou había tomado el mando por su antigüedad. Era difícil hacer que llegase á Egipto una orden con seguridad; los ingleses podían interceptarla, y sin comunicarla textualmente hacer sospechar su contenido con objeto de introducir la confusión en la colonia, dejando indeciso el mando y divididos entre sí los generales. Por esta razón resolvióse el primer cónsul á dejar las cosas en el mismo estado, y confirmó en el mando á Menou, sin creerle por otra parte tan completamente incapaz como en realidad lo era.

Preciso es ahora volver á Europa para presenciar lo que acontecía en este teatro de los grandes sucesos del mundo. La carta que el primer cónsul dirigió desde el mismo Marengo al emperador de Alemania llegó á Ma-

(1) Todos estos pormenores están sacados de la voluminosa correspondencia del primer cónsul con los secretarios de Guerra y de Marina.

nos de éste con la noticia de la pérdida de la batalla. Entonces fué cuando se reconoció en Viena el yerro que se había cometido desechando las ofertas hechas por el primer cónsul á la entrada del invierno, obstinándose en suponer á la Francia agotada é incapaz de continuar la guerra, teniendo por fábula la formación del ejército de reserva, é impeliendo ciegamente á Mr. de Melas hacia las gargantas del Apenino. Mucho padeció con este motivo la reputación de Mr. de Thugut, pues á él solo se atribuían todas aquellas faltas de previsión y de buen manejo. A estas faltas, ya tan graves de suyo, acababa de añadir otra no menos grave, cual era la de estrechar aún más la alianza de Austria con los ingleses, movido por el desastre de Marengo (1). El gabinete de Viena hasta el presente no había querido aceptar los subsidios de la Inglaterra; pero ya fuese con objeto de poder tratar más ventajosamente con la Francia, ya con el de rehabilitarse para luchar de nuevo con ella si sus pretensiones eran excesivas, creyó que lo más conveniente era reparar sin demora los descalabros de aquella campaña. Aceptó, pues, dos millones y medio de libras esterlinas (doscientos cincuenta millones de reales). En trueque de aquel subsidio se comprometió á no hacer la paz con la Francia antes del siguiente mes de febrero, á no ser que la paz fuese común al Austria y á la Inglaterra. Firmóse este tratado el 20 de junio, el mismo día en que llegó á Viena la noticia de los acontecimientos de Italia. Quedaba, pues, ligada el Austria por otros siete meses á la suerte de la Inglaterra, pero tenía esperanzas de que pasase el verano en las negociaciones, y entrase el invierno antes de que pudieran renovarse las hostilidades. El gabinete imperial fuera de eso estaba resignado á admitir la paz; sólo quería negociar de consuno con Inglaterra, y sobre todo no hacer en Italia sacrificios demasiado grandes. Con esta condición nada deseaba más que llegar á disfrutarla.

Para enviar su respuesta á la carta del primer cónsul se valió el emperador de Mr. de Saint-Julién, que era el mismo oficial que se la había llevado, y en quien tenía mucha confianza. La respuesta ahora era directa y dirigida personalmente al general Bonaparte; contenía la ratificación de los dos armisticios firmados en Alemania y en Italia, y una invitación á explicarse confidencialmente y con toda franqueza acerca de las bases de la negociación futura. Mr. de Saint-Julién llevaba el encargo especial de explorar el ánimo del primer cónsul relativamente á las condiciones con que la Francia accedía á la paz, y de explicarse por su parte de una manera bastante explícita acerca de las intenciones del

(1) Creemos que aquí padece Mr. Thiers un error de bastantes bulto. La alianza de Austria con la Inglaterra se firmó pocas horas antes de la batalla de Marengo, y no de resultas de la noticia de esta batalla; como que cabalmente la situación crítica del Austria provino de haber recibido el emperador la nueva de su derrota en Marengo después de haberse comprometido á no negociar en lo sucesivo sino en unión con la Inglaterra. Hallóse Francisco II en un conflicto, pues si bien veía por un lado á los franceses avanzar sobre Viena, le tentaba poderosamente por otro el premio de su fidelidad á Inglaterra, que era nada menos que la suma de diez mil libras esterlinas de oro depositadas en el banco de Hamburgo. Si el tratado de subsidios que firmaron Thugut y lord Minto hubiera sido posterior á la derrota de Marengo, no hubiera solicitado el emperador negociar con el primer cónsul movido por la dolorosa sorpresa que le causó aquel revés. (N. del T.)

emperador para inducir al gabinete francés á manifestar las suyas del mismo modo. La carta de que era portador Mr. de Saint-Julién iba llena de protestas pacíficas y lisonjeras, y en ella había un párrafo en que se especificaba todo el objeto de su cometido.

«Escribo á mis generales, decía S. M. I., confirmando los dos armisticios, y regularizando sus pormenores. En cuanto á lo demás, os envío al general-mayor de mis ejércitos, conde de Saint-Julién, que, competentemente instruido, lleva encargo de hacerlos advertir cuán esencial es no proceder á públicas negociaciones, propias para hacer concebir prematuramente á tantos pueblos esperanzas tal vez ilusorias, hasta después de saber de un modo general por lo menos si las bases que queréis proponer para la paz pueden por su índole conducir á tan deseado objeto.—Viena, 5 de julio de 1800.»

Bien claramente dejaba traslucir el emperador al final de esta carta los compromisos que le ligaban á Inglaterra, y que le hacían desear una paz común á todas las potencias beligerantes.

Llegó Mr. de Saint-Julién á París el 21 de julio (2 termidor del año VIII), y fué recibido con grandes miramientos. Era el primer enviado del emperador que se veía en Francia hacía mucho tiempo, y se le festejaba como representante de un gran soberano, y como mensajero de paz á un mismo tiempo (2). Ya dijimos cuán vivos deseos experimentaba el primer cónsul de poner término á la guerra. Nadie le disputaba la gloria de las batallas; anhelaba ahora otra gloria menos ruidosa, pero más nueva, y en la actualidad más provechosa á su autoridad, cual era la de pacificar la Francia y la Europa. En aquella alma ardiente cada deseo era una verdadera pasión; anhelaba entonces la paz con el mismo conato con que se le vió después provocar á la guerra. No la deseaba menos Mr. de Talleyrand, porque gustaba ya de representar ostensiblemente cerca del primer cónsul el papel de moderador. Este papel era excelente, y después lo fué más todavía; pero hostigar ahora al primer cónsul á buscar la paz á todo trance, era añadir una impaciencia á otra, y comprometer el resultado por quererle acelerar desmesuradamente.

Al día siguiente de su misma llegada, 22 de julio (3 termidor), fué invitado Mr. de Saint-Julién para una conferencia en casa del ministro de Negocios extranjeros. Hablóse allí del deseo recíproco de terminar la guerra, y acerca del modo mejor de conseguirlo. Escuchó Mr. de Saint-Julién cuanto se le dijo sobre las condiciones con que podría obtenerse la paz, y por su parte manifestó poco más ó menos cuanto deseaba el emperador. Apresuróse demasiado Mr. de Talleyrand á deducir que Mr. de Saint-Julién debía llevar instrucciones secretas y suficientes para negociar, y le propuso que

(2) El conde de Saint-Julién recibió en París los mayores agasajos, así por ser de origen francés cuanto porque el primer cónsul veía en su llegada la ocasión de mostrar cómo solicitaban su amistad los monarcas más poderosos de Europa. Iban juntos á la ópera, á los saraos, á todas partes, y el enviado austriaco llegó á estar de moda. Según las notas secretas que enviaba á su corte cierto agente inglés, se publicaban en París noticias diarias sobre Mr. de Saint-Julién; y añadía dicho agente, no muy bien informado: «Estamos autorizados para afirmar que Mr. de Saint-Julién no viene á entablar proposición ninguna de paz, y si sólo á protestar contra la ocupación de la Valtelina por el general Monecy, operación mandada por Massena con infracción del convenio de Alejandría.» (N. del T.)

en vez de limitarse á una mera conversación, redactaran mancomunadamente los artículos preliminares de paz. Mr. de Saint-Julién, que no estaba autorizado para arriesgarse á un paso de tanta gravedad, pues que se oponían á ello absolutamente los empeños contraídos por Austria con Inglaterra, contestó y dió por excusa que no tenía poder ninguno para celebrar un tratado. Mr. de Talleyrand le replicó que la carta del emperador le autorizaba completamente para hacerlo, y que si tenían á bien que convinieran ambos en unos cuantos artículos preliminares, y los firmasen con la condición de ser después ratificados, el gabinete francés le consideraría como competentemente autorizado por la mera carta del emperador. Mr. de Saint-Julién, militar por carrera, falto de experiencia en los usos diplomáticos, declaró candorosamente á Mr. de Talleyrand el embarazo en que se veía y su ignorancia de las fórmulas, y le preguntó qué haría en su lugar. «Yo firmaría, respondió Mr. de Talleyrand. — Pues bien, repuso Mr. de Saint-Julién, firmaré estos artículos preliminares, en la inteligencia de que sólo serán válidos después de la ratificación de mi soberano. — En eso no hay la menor duda, replicó Mr. de Talleyrand; sólo los pactos ratificados son válidos entre las naciones.»

Aquel extraño modo de comunicarse sus poderes se halla consignado por extenso en el protocolo que aún existe de aquella negociación. Viéronse todos los días, el 23, el 24, el 27 y el 28 de julio (4, 5, 8 y 9 termidor del año VIII); discutiéronse todos los asuntos importantes en que tenían que convenir las dos naciones; se adoptó por base, con algunas modificaciones, el tratado de Campo-Formio; el emperador abandonaba á la república el límite del Rin desde el punto en que este río sale del territorio suizo hasta su entrada en el territorio bávaro; á propósito de este artículo solicitó Mr. de Saint-Julién que se alterase su redacción, y lo obtuvo; quiso que á las expresiones: *el emperador concede la línea del Rin*, se substituyesen estas otras: *el emperador no se opone á que la república francesa conserve los límites del Rin*. Este modo de expresarse tenía por objeto responder á las inculpaciones del cuerpo germánico, que había acusado al emperador de entregar á la Francia el territorio de la confederación. Convínose en que aquella no conservaría ninguna de las posiciones fortificadas que flanqueaban la ribera derecha, como Kehl, Ehrenbreitstein y Cassel (1), y en que sus obras serían destruídas, pero que en cambio no podría la Alemania levantar ninguna trinchera, ni de tierra, ni de fábrica, á distancia de tres leguas del río.

Esto en cuanto á los límites de Francia con Alemania; restaba arreglar lo concerniente á los de Austria con Italia. El 5.º artículo secreto de Campo-Formio estipulaba que el Austria recibiría en Alemania una indemnización por ciertos señoríos que abandonaba á la orilla izquierda del Rin, independientemente de los Países Bajos, que hacía mucho tiempo había sacrificado á la Francia. Debía servir para aquella indemnización el obispo de Salzburgo; pero el emperador hubiera preferido recibirla en Italia, porque las adquisiciones que hacía en Alemania, y especialmente en los principados eclesiásticos, apenas eran adquisiciones nuevas, ejer-

ciendo ya la corte de Viena en dichos principados influjo y privilegios que casi equivalían á una soberanía directa; y las adquisiciones obtenidas en Italia tenían por el contrario la ventaja de darle países que aún no poseía bajo ningún concepto, sobre todo de extender sus fronteras y su influjo á una comarca objeto constante de la ambición de su familia. Por estas mismas razones debía preferir la Francia que el Austria se engrandeciese en Alemania más bien que en Italia. Fué no obstante concedido este último punto. El tratado de Campo-Formio limitaba al Austria en el Adige, y adjudicaba á la república cisalpina el Mincio y la célebre plaza de Mantua. Pretendía el Austria ahora conseguir el Mincio, Mantua y además las Legaciones, cosa verdaderamente exorbitante. Aveníase el primer cónsul sin gran dificultad á cederle el Mincio y Mantua, mas no quería por ningún precio cederle las Legaciones. Consentía á lo más en dárseles al gran duque de Toscana, con la condición de que la Toscana pasara en trueque al gran duque de Parma, y el ducado de Parma á la Cisalpina. Hubiera ganado mucho el gran duque de Parma en este cambio, que era una satisfacción dada á España con las miras que más adelante referiremos.

Respondía Mr. de Saint-Julién que sobre este último punto no estaba dispuesto su soberano á emitir una opinión definitiva; que aquellas traslaciones de casas reinantes de un país á otro eran poco conformes á su política, y que por consiguiente debía arreglarse aquello más adelante. Para eludir la dificultad se contentaron con decir en los artículos preliminares que el Austria recibiría en Italia las indemnizaciones territoriales que le habían anteriormente concedido en Alemania (2).

Transformado el oficial austriaco en plenipotenciario, manifestó en nombre de su soberano mucho interés por la independencia de Suiza, aunque muy poco por la del Piamonte, y pareció insinuar que Francia podía desquitarse en el Piamonte de lo que abandonase á la casa de Austria en la Lombardia.

Limitáronse, pues, á estas condiciones bastante generales: límites del Rin para la Francia con la demolición de Kehl, Cassel y Ehrenbreitstein (3), é indemnizaciones particulares del Austria tomadas en Italia en vez de Alemania: lo cual significaba que el Austria no quedaría reducida al límite del Adige. Pero además de lo inútil que era tratar con un plenipotenciario sin poderes, aún había otra cosa más inútil, que era considerar como artículos preliminares de paz, artículos en que la sola cuestión disputable, la única por la que el

(2) Sin embargo, en el artículo 6.º de dichos preliminares que tenemos á la vista, se estipula que no obstante el reservarse para la época de la pacificación definitiva la designación de la localidad y extensión de las susodichas indemnizaciones, se establece como base: «que S. M. I. poseerá en vez del territorio que le concedía en Italia el tratado de Campo-Formio, otro equivalente á la posesión de Salzburgo, y de toda la parte del círculo de la Baviera comprendida entre el arzobispado de Salzburgo, los ríos Inn y Saava y el Tirol, inclusa la ciudad de Wasserburgo sobre la orilla izquierda del Inn, con el distrito de un radio de tres mil toesas y del Fricktal, que cede á la república francesa.» (N. del T.)

(3) No sabemos por qué se empeña Mr. Thiers en que no había de devolverse también la plaza de Dusseldorf. «La república francesa no intenta conservar á Cassel, Kehl, Ehrenbreitstein y Dusseldorf; estas plazas serán arrasadas,» dice el artículo 5.º de los preliminares. (N. del T.)

(1) Y Dusseldorf.

(N. del T.)

emperador hizo la guerra, esto es, la frontera del Austria en Italia, ni siquiera estaba resuelta en términos generales; pues en cuanto á la frontera del Rhin, hacía ya mucho tiempo que nadie trataba de disputármola seriamente.

Agregáronse á los artículos precedentes algunas disposiciones accesorias. Convínose, por ejemplo, en que se reuniría un congreso inmediatamente, y en que mientras durase se suspenderían las hostilidades, se licenciarían las levadas en masa que se hacían en Toscana y se aplazarían los desembarcos ingleses con que se amenazaba á Italia.

Mr. de Saint-Julien, á quien el deseo de representar un papel de consideración hacía traspasar todos los límites razonables, experimentaba de tiempo en tiempo sus escrúpulos por el extraño arrojo que había manifestado; pero Mr. de Talleyrand le prometió bajo su palabra de honor, para tranquilizarle, que aquellos artículos preliminares quedarían sepultados en el secreto, y que se tendrían por de ningún valor hasta que los ratificase el emperador. Firmáronse aquellos famosos artículos preliminares en la secretaría de Negocios extranjeros el día 28 de julio de 1800 (9 termidor del año VIII), con gran júbilo de Mr. de Talleyrand, que al ver á Mr. de Saint-Julien tan instruido en todas las cuestiones, creía formalmente que aquel oficial tenía autorización secreta para entrar en negociaciones. No había nada de eso, sin embargo, y si Mr. de Saint-Julien se mostró tan bien informado, fué sólo porque se le había querido poner en Viena en el caso de suscitar ó de recibir explicaciones confidenciales del primer cónsul relativamente á las condiciones de la paz futura. No supo el ministro francés penetrar esta circunstancia, é incurrió en un error de gravedad por el deseo de firmar un acta que se asemejase á un tratado.

El primer cónsul, que no se curaba de las formalidades observadas por los dos negociadores, y que sobre este punto descansaba en Mr. de Talleyrand, sólo quería obligar á explicarse á Austria con objeto de saber si deseaba la paz, ó de arrancársela en una nueva campaña si mostraba rehusarla. Pero para esto mejor hubiera sido intimarla que se explicase en un término dado, que entrar en una negociación pueril é ilusoria, de cuyas resultas iba á verse comprometida la dignidad de ambas naciones y entorpecido su avenimiento.

No creyó Mr. de Saint-Julien que debía aguardar en París la respuesta del emperador según el consejo de algunos, sino que quiso llevar en persona los preliminares á Viena, sin duda para exponer á su soberano los motivos de su extraña conducta. Salió de París el 30 de julio (11 termidor), acompañado de Duroc, á quien el primer cónsul enviaba á Austria, como antes le había enviado á Prusia, para que viese allí la corte de cerca, y diese á ésta una idea vantajosa de la moderación y política del nuevo gobierno. Duroc, como hemos dicho ya en otra ocasión, era muy digno de misiones de esta especie por su buen juicio y por su excelente porte. El primer cónsul además le había dado por escrito instrucciones en que todo estaba previsto con atención prolija; á cada circunstancia que hiciese presumir cuáles eran las intenciones del Austria con respecto á los preliminares, al punto debía Duroc despachar un correo á París. Habíasele recomendado que guardase un silen-

cio absoluto hasta la ratificación, y que aparentase ignorar en todo las intenciones del primer cónsul. Si se otorgaba la ratificación, estaba autorizado á declarar de una manera positiva que la paz podía firmarse en el término de veinticuatro horas, si se deseaba sinceramente. Debía insinuar bajo diversas formas que si el Austria se contentaba con el Mincio, con la Fossa-Maestra y con el Po, que era la línea trazada por el convenio de Alejandría, y que si además consentía en la traslación del duque de Parma á Toscana y del duque de Toscana á las Legaciones, no había el menor obstáculo para una conclusión inmediata. Contenían luego estas instrucciones diversas reglas de lenguaje para todos los asuntos que podían ocurrir en la plática. Estaba prohibido á Duroc prestarse á la burla más insignificante contra la Prusia y la Rusia, poco estimadas á la sazón en Viena por hallarse fuera de la coalición. Encargábasele guardar la mayor reserva con respecto al emperador Pablo, cuyo carácter era en todas las cortes asunto de sarcasmos; debía hablar muy bien del rey de Prusia, visitar al gran duque de Toscana y no dejar traslucir ninguna pasión de las que la revolución había excitado en uno ú otro sentido. Debía dar á entender como si la denominación de realistas y jacobinos fuese en Francia cosa tan añeja como la de güelfos y gibelinos en Italia; prescribíasele particularmente no manifestar odio alguno á los emigrados, salvo, sin embargo, á aquellos que habían hecho armas contra la república. Tenía orden de decir en todas ocasiones que la Francia era el país de Europa más adicto á su gobierno, por cuanto era entre todos el único en que las circunstancias habían puesto al gobierno en el caso de hacer más beneficios. Debía finalmente pintar al primer cónsul como hombre exento de preocupaciones rancias ó modernas y como indiferente á los ataques de la prensa inglesa por no saber el inglés.

Partió Duroc con Mr. de Saint-Julien, y aunque se había guardado secreto acerca de los preliminares, todo el mundo notó las numerosas conferencias del enviado del emperador con Mr. de Talleyrand, y corrió la voz de que era portador de la próxima paz.

Nuestros prodigiosos triunfos en Italia y en Alemania debieron naturalmente ejercer considerable influjo, no sólo sobre Austria, sino también sobre todas las cortes de Europa amigas ó enemigas.

Al recibir la noticia de la batalla de Marengo, la Prusia siempre neutral por sistema, pero benévola con nosotros según el giro de los acontecimientos, había manifestado al primer cónsul una grande admiración, y dejó desde aquel momento de decir la menor cosa que pudiese hacer dudosa la adjudicación de toda la línea del Rhin á la Francia. Según ella, no se trataba ya sino de proceder con justicia á la repartición de las indemnizaciones debidas á todos los que perdían territorios en la ribera izquierda del Rhin, y de arreglar con prudencia los límites generales de los grandes Estados. Hasta añadía lo conveniente que era mostrarse firme con el Austria y reprimir su insaciable ambición. Tal era el lenguaje que con nuestro embajador se usaba en Berlín diariamente.

Mr. de Haugwitz, y sobre todo el rey Federico Guillermo, cuya benevolencia era sincera, informaban diariamente al general Beurnonville de los progresos rápi-

dos que hacía el primer cónsul en el ánimo de Pablo I. Este príncipe, de carácter veleidoso y entusiasta, había pasado en pocos meses, como ya se ha dicho, de una pasión caballeresca contra la revolución francesa á una admiración sin límites por el hombre que representaba ahora aquella misma revolución. Había llegado á concebir verdadero odio contra el Austria y la Inglaterra. Aun cuando se había obtenido de este cambio de disposiciones un resultado muy importante, cual era el de la inmovilidad de los rusos en el Vístula, el primer cónsul sin embargo aspiraba á más todavía. Quería entrar en relaciones directas con el emperador Pablo, y sospechaba que la Prusia tratase de prolongar aquella situación equívoca para seguir siendo la única mediadora en nuestras relaciones con la corte más poderosa del Norte.

Ocurriósele un medio que produjo su efecto cumplido. Quedaban en Francia seis ó siete mil rusos prisioneros hacia un año, que no habían podido ser canjeados por no tener la Rusia prisioneros franceses que devolvemos. Había propuesto el primer cónsul al Austria y á la Inglaterra, en cuyo poder quedaban algunos soldados y marinos nuestros, canjear aquellos rusos por igual número de franceses. Ambas naciones en verdad debían proceder así con la Rusia, pues los soldados de ésta sólo se hallaban cautivos por servir á los designios de la política inglesa y austriaca; desechóse no obstante la proposición. Asaltó al punto al primer cónsul la feliz idea de restituir á Pablo I sin condición alguna los prisioneros que teníamos suyos; era aquel un acto de generosidad hábil y sagaz, y poco oneroso para Francia, que no sabía qué hacerse de tales prisioneros no pudiéndole proporcionar un canje de franceses. Acompañó el primer cónsul aquel acto con los procedimientos más eficaces para mover el corazón del emperador Pablo, tan mudable y apasionado de suyo. Mandó armar y vestir á los rusos con los colores de su soberano, y hasta les devolvió sus oficiales, sus banderas y sus armas. Escribió después una carta al conde de Panín, ministro de Negocios extranjeros en San Petersburgo, diciéndole que si el Austria y la Inglaterra no querían poner en libertad á los soldados del czar que cayeron prisioneros batiéndose por la causa de aquellas potencias, el primer cónsul por su parte no quería detener indefinidamente á aquellos valientes, y que por lo tanto se los restituía al emperador sin condición alguna, dando así un testimonio de la consideración que le merecía aquel ejército ruso, al cual los franceses habían aprendido á conocer y estimar en los campos de batalla.

Eligióse para enviar esta carta la vía de Hamburgo, y Mr. de Bourgoing, nuestro ministro de Dinamarca, la transmitió al ministro de Rusia en aquella ciudad, Mr. de Muraviev. Pero era tal el temor que inspiraba Pablo I á sus agentes, que Mr. de Muraviev se negó á recibirla, no atreviéndose á contravenir á las órdenes anteriores de su gabinete, por las que se le vedaba toda comunicación con los representantes de Francia. Mr. de Muraviev se contentó con dar parte á su gabinete de lo ocurrido, manifestándole la existencia y el contenido de la carta de que había rehusado encargarse. A este paso añadió el primer cónsul otro más eficaz todavía cerca del monarca ruso. Conociendo que Malta no podría sostenerse largo tiempo, pues bloqueada rigurosa-

mente como lo estaba se vería en la precisión de rendirse á los ingleses por falta de víveres, trató de cedérsela á Pablo. Sabido es que aquel príncipe, entusiasta por las antiguas órdenes de caballería, en particular por la de Malta, se había hecho dar el título de gran maestro de San Juan de Jerusalén, prometiéndose restablecer aquella institución religiosa y caballeresca, y celebrando en San Petersburgo frecuentes capítulos de la orden para condecorar con ella á los príncipes y grandes personajes de Europa. No era posible hablarle más directamente al corazón que ofreciéndole dicha isla, residencia de la orden de que se había declarado jefe. La cosa estaba hábilmente concebida bajo todos aspectos, porque ó consentían los ingleses que iban á apoderarse de ella en restituirla, y entonces salía de sus manos, ó si lo rehusaban era capaz Pablo I de declararles la guerra sólo por este motivo. El encargado de dirigirse á San Petersburgo con las dos cartas relativas á los prisioneros y á la isla de Malta era un oficial ruso, llamado Mr. de Sergijeff, perteneciente al número de los prisioneros detenidos en Francia.

Al llegar á San Petersburgo aquellas diversas comunicaciones produjeron su inevitable efecto. Pablo vivamente conmovido se entregó sin rebozo á una admiración ilimitada hacia el primer cónsul; eligió inmediatamente á un antiguo oficial finlandés llamado Mr. de Sprengporten, antes súbdito sueco, hombre muy respetabilísimo, muy propicio á la Francia, y que gozaba de gran crédito en la corte de Rusia, y le nombró gobernador de la isla de Malta, le encargó que se pusiera á la cabeza de los seis mil rusos prisioneros en Francia, y que fuese con aquella fuerza organizada á tomar posesión de la isla de mano de los franceses. Le mandó pasar á París y dar públicamente las gracias al primer cónsul. A esta demostración añadió un paso todavía más significativo: mandó á su ministro en Berlín Mr. de Krudener, encargado algunos meses antes de restablecer las relaciones entre Rusia y Prusia, que entrase en comunicación directa con nuestro embajador, el general Beurnonville, revistiéndole de los poderes necesarios para negociar un tratado de paz con la Francia.

Mr. de Haugwitz, á quien tal vez parecía que la reconciliación iba con demasiada celeridad, pues que la Prusia perdería infaliblemente su papel de medianera el día en que los gabinetes de París y de San Petersburgo entablasen relaciones directas, buscó traza de ser el agente ostensible de aquella reconciliación. Hasta entonces Krudener y Beurnonville se veían en Berlín en casa de los ministros de las diversas cortes sin dirigirse la palabra. Mr. de Haugwitz los convidó á ambos á comer un día, y después de la comida los acercó el uno al otro, dejándolos luego juntos en su propio jardín para que pudiesen explicarse con entera libertad. Mr. de Krudener expresó á Beurnonville su sentimiento por no haber podido acercarse más pronto á la legación francesa; se disculpó por haberse negado en Hamburgo á recibir la carta del primer cónsul, alegando órdenes anteriores, y por fin se explicó muy latamente acerca de las nuevas disposiciones de su soberano. Le anunció que había sido enviado á París Mr. de Sprengporten, le declaró la viva satisfacción que había experimentado Pablo I al saber la restitución de los prisioneros, y el ofrecimiento de que sería devuelta la isla de Malta á la